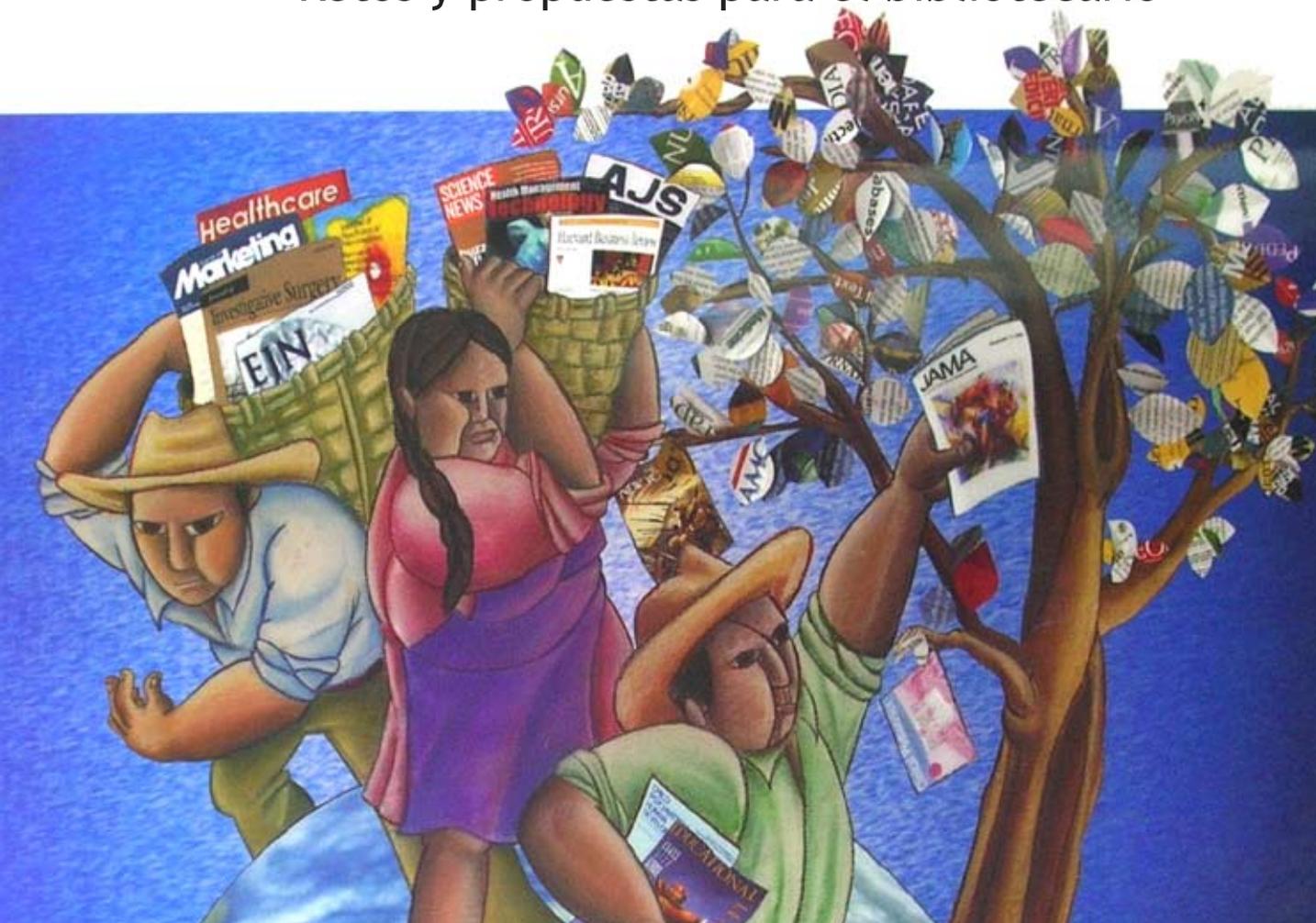


La explosión *de la información*

Retos y propuestas para el bibliotecario



En el contexto de la proliferación de información y nuevas tecnologías se ha fortalecido la idea de que estamos en la sociedad de la información y del conocimiento. Pero estos términos no gozan de la claridad y el consenso que se requieren para dar pasos firmes. Ambos tienen varios significados e interpretaciones y hacen referencia a diversas realidades y posibilidades de la sociedad. Veamos qué implicaciones tiene la creciente explosión de la información en la misión y el trabajo de los bibliotecarios actuales.

Información y sociedad

Es indudable que en fechas recientes se ha incrementado de manera acelerada la producción de información en el mundo entero, razón por la que estudiosos de diversas áreas del conocimiento han llamado al período actual *la era de la información*. La explosión de información abarca prácticamente todos los ámbitos de la vida humana, sin embargo, no podemos hablar de esta información como un todo uniforme, pues tiene diferentes calidades y propósitos, además sirve a distintos fines; se habla de *información* comercial, noticiosa, académica, artística, cultural, científica, tecnológica, de entretenimiento, por nombrar solo algunas. Más aún, podemos decir que no hay equilibrio en la producción y consumo de información en los diversos espacios geográficos del mundo, la brecha digital está presente incluso al interior de un mismo país. Es decir, hay un gran desequilibrio en las facilidades de acceso a la información en general, pero sobre todo a la información digital por medio de la red. Por ejemplo, en el caso de México, solamente el 18% de la población tiene computadora y tan sólo el 9% tiene acceso a Internet (*Crónica*, 25 mayo de 2006).

Hay quienes expresan que, gracias a esta mayor disponibilidad de información, tenemos un nuevo tipo de sociedad y se refieren indistintamente a ésta como *la sociedad de la información* o *la sociedad del conocimiento*. En palabras de Claudia Cárdenas Cabello, “el acceso y distribución de la información se ha incrementado gracias al impulso de las tecnologías de la comunicación e información, abriéndose con ello el conocimiento a amplios sectores de la población” (Cabello, 2002, p. 266).

Con esta visión, tal parece que por sí solo el incremento de información produce conocimiento. Habría que considerar que no se trata de una ecuación tan simple, pues no necesariamente una mayor circulación de información

genera mayor conocimiento, ya que la producción de conocimiento obedece a procesos mucho más complejos que el mero acceso a la información. Además, es menester considerar que una mayor producción de información escrita no es representativa por sí misma de nuevo conocimiento, pues con los sistemas de evaluación actuales, algunos docentes e investigadores en sus publicaciones duplican información, sin que tengan necesariamente algo nuevo que decir, al menos en ciertas áreas del conocimiento.

Ahora bien, para poder considerar que la abundante producción de información ha dado origen a un nuevo tipo de sociedad, se tendría que clarificar a qué información se está aludiendo y sería necesario demostrar que han ocurrido transformaciones culturales de muy amplio alcance. Además, el uso de nuevas tecnologías, el aumento en la circulación de información y las facilidades de acceso, difícilmente darían lugar a un nuevo tipo de sociedad.

Debemos reconocer que si se han generado algunos cambios culturales, no todos ellos son positivos (por ejemplo, el uso de las TICs agiliza la comunicación a distancia, pero reduce los espacios de interacción cara a cara, que nunca podrán ser sustituidos con una tecnología), y sobre todo se han dado en los centros económicos del mundo; en cambio, las zonas periféricas de las distintas regiones, que son la mayoría, si bien se han beneficiado de los avances tecnológicos y de la explosión de información, no han recibido suficientes ventajas económicas, educativas y culturales, es decir, no tienen acceso a un mayor conocimiento o mejor educación.

Para poder comprender mejor la explosión de información es necesario descomponer el fenómeno en sus partes, labor muy ardua que no nos proponemos en esta exposición, no obstante, sí queremos plantear una clasificación general de esta información.

El primer tema que tendríamos que distinguir por separado es el de la **informática**. Con el sistema binario se generaron unidades básicas llamadas *bits* y considerando que cada uno de esos bits contiene información, ya sea de texto, voz, imagen, etcétera, se dio en llamar a este proceso informática. El problema es que al cuantificar la información que circula por el mundo, se suman los bits producidos de cualquier tipo que estos sean, presentando cantidades que verdaderamente producen vértigo. Así debemos considerar los datos informáticos por separado cuando cuantificamos la información que circula.

Un tema más relacionado con la explosión de información es el **económico**. Desde este punto de vista, la información tiene un valor económico como instrumento central del mercado; su importancia se mide en términos de la cantidad de información que circula en un país, los proyectos relacionados con la información, los niveles de información que se manejan en la educación, el porcentaje de información relacionado con el PIB de un país, etcétera. Es decir, se da por hecho que al producir y utilizar grandes cantidades de información, se producirá un desarrollo económico importante, independientemente del tipo de información de que se trate. Situación en la que una vez más los países económicamente dependientes quedan en desventaja.

Otra clasificación corresponde a las **tecnologías de la información**, que están vinculada muy estrechamente con el aspecto económico, aunque tienen su propio impacto en las sociedades. Como expresa Frank Webster, “las nuevas tecnologías son uno de los indicadores más visibles de nuevos tiempos y, por consecuencia, son consideradas frecuentemente como indicios de la llegada de una sociedad de la información” (Webster, 2002, p. 4). Así, la abundante cantidad de nuevas tecnologías que circulan por el mundo, tales como computadoras, DVD, TV por

Las zonas periféricas de las distintas regiones, que son la mayoría, si bien se han beneficiado de los avances tecnológicos y de la explosión de información, no han recibido suficientes ventajas económicas, educativas y culturales.

cable, Internet, telefonía celular, etcétera, están por todas partes y de alguna manera llegan a casi todos los rincones; sin embargo, son cuestionables en el sentido de los contenidos que portan, muchas veces con comunicación sesgada, información censurada y entretenimiento inocuo y nocivo con respecto a transmisión de valores y formas de ver el mundo (Sartori, 1998). No obstante, existen procesos de resistencia que insisten en conservar antiguas tradiciones y viejas prácticas de comunicación y entretenimiento.

La información noticiosa y de entretenimiento se ha incrementado y ha cambiado sustancialmente, ahora está estrechamente relacionada con las nuevas tecnologías. Hoy es posible enterarse de lo que está ocurriendo en cualquier parte del mundo de manera simultánea.

Por último, es nuestro deseo considerar, como el grupo más importante dentro de esta clasificación de información que se produce y distribuye actualmente, a aquella que tiene un carácter científico, académico, cultural o artístico. Para efectos de este trabajo, cuando hablamos de **información formal**, nos referimos básicamente a este tipo de información.

La mística del bibliotecario

Las viejas aspiraciones de los bibliotecólogos están estrechamente relacionadas con la idea de que la lectura produce cambios en la sociedad. Al mismo tiempo que empezó a darse el proceso de explosión de información en el mundo a partir del Renacimiento, se extendió por todas partes la necesidad de producir libros y difundir la lectura. Así, la función del bibliotecario toma una relevancia universal. La lectura adquiere, en ciertos

ámbitos, un papel predominante y, para ciertos sectores de la población, extiende el acceso al conocimiento, al mismo tiempo que se convierte en una fuente más de gozo y entretenimiento

A medida que se incrementa la producción y difusión de libros, la función del bibliotecario adquiere mayor relevancia y responsabilidad, a la vez que muchos Estados, en su esfuerzo por ampliar la cobertura educativa, se comprometen con la difusión de la lectura y, tal como expresa Guillermo Alfaro, “hacia mediados del siglo XIX el campo bibliotecológico alcanza su autonomía en los países desarrollados como consecuencia de privilegiar ideológicamente la educación universal de masas” (Alfaro, 2000, p. 89). En este contexto se puede decir que, a partir de entonces, el campo bibliotecológico alcanza su etapa científica “cuyo momento decisivo de constitución fue la aparición de las bibliotecas públicas en los países anglosajones” (*Ibidem*, p. 11). Ante la dificultad de llevar escuelas y maestros a todas las regiones, se crean las bibliotecas públicas para llevar los libros a todas partes. A tal grado adquirió importancia la difusión de la lectura que se consideró que podría sustituir a la educación. Como ejemplo está el caso de México, cuando José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública en el año de 1909, en su proyecto de “misiones culturales”, se propuso llenar el país de bibliotecas públicas a falta de escuelas (Arce, 1985, p. 159).

Luego se abrirán nuevos retos para el bibliotecario, “la evolución de la Biblioteconomía desembocará en la llamada Biblioteconomía Científica, se corresponde con unas bibliotecas-centros de información/recreo sociocultural y

con unos bibliotecarios/agentes difusores de la información. La Biblioteconomía en esta etapa es la ciencia de la selección organizada y de la difusión de los fondos librarios y audiovisuales” (Orera, 1997, p. 24).

Conforme fueron evolucionando las funciones y responsabilidades del bibliotecario, se abrieron dos vertientes: una pragmática, más relacionada con la organización de la información, y otra humanista o teórica, que se relaciona más con la difusión de la información y con el espíritu de servicio propio de aquel que quiera acceder a esta profesión, como explicó María Moliner, citada por Guillermo Alfaro: “El bibliotecario para poner entusiasmo en su tarea necesita creer en estas dos cosas: la capacidad de mejoramiento espiritual de la gente a quien va a servir y en la eficiencia de su propia misión para contribuir a ese mejoramiento” (Alfaro, 2000, p. 63).

A finales del siglo XX, la gran explosión de información plantea un nuevo dilema a la bibliotecología, como expresa Roger Chartier: “Internet hace renacer el sueño de universalidad, de un mundo en el que la humanidad participe del intercambio de ideas. Pero también suscita la angustia de ver desaparecer la cultura del libro (Chartier, 1992, p. 90).

En este contexto, las dos funciones del bibliotecario se transforman radicalmente. Por un lado, la responsabilidad de organizar, seleccionar y difundir la información disponible se vuelve mucho más compleja, ya que han cambiado los formatos y los soportes. El perfil del bibliotecario se desdibuja y entran otros profesionistas en escena. La biblioteca como un espacio físico deja de ser la única

opción: la biblioteca digital llegó para quedarse. Por otro lado, la idea de transformar la sociedad a través de la lectura vuelve a surgir con fuerza y, en este contexto, el bibliotecario siente esto como oportunidad para incrementar su presencia social y elevar su estatus. Entonces, el bibliotecario propone la alfabetización informativa.

Alfabetización informativa

Desde su origen el término *information literacy* está vinculado estrechamente al negocio de la industria de la información. En 1974, Paul Zurkowsky, presidente de la *Information Industry Association* de los Estados Unidos de América, utilizó por primera vez el término *information literacy* para referirse al aprendizaje de habilidades y técnicas para utilizar herramientas de acceso a la información.

La definición más difundida de *information literacy* fue propuesta por el Consejo de la *American Library Association* (ALA) en 1980 y así se expresa: “la capacidad de reconocer cuando se necesita información y la habilidad para localizar, evaluar y usar efectivamente la información” (Jackson, 1995, p. 39).

Una preocupación primordial de esta propuesta es que las personas accedan a más información a través de los medios digitales que soportan cada vez más documentos, de ahí que la ALA propusiera que los bibliotecarios asumieran como una responsabilidad prioritaria orientar a los usuarios sobre la organización y recuperación de información (Jackson, 1995, p.40).

En español, la expresión *information literacy* se ha traducido como alfabetización informativa y, dado que no hay consenso en su uso, en algunos medios bibliotecarios se le ha definido como Desarrollo de Habilidades Informativas (DHI), como es el caso de la Dirección General de Bibliotecas (DGB) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Además, no

podemos negar que, al menos en México, la palabra alfabetización contiene un sentido peyorativo. Al hablar de alfabetización informativa o desarrollo de habilidades informativas, se da por hecho la posibilidad de la transmisión de habilidades para el uso de algunas herramientas que permitan al alumno encontrar, discriminar y utilizar adecuadamente la creciente cantidad de información disponible en distintos recursos, especialmente los que están en línea. Sin embargo, el problema es más profundo, ya que para poder recuperar información pertinente sobre algún tema determinado, no basta con utilizar las bases de datos, sino que implica toda una forma integral del individuo en un contexto familiar, escolar y social (García, *et al*, 2006).

Para desarrollar la capacidad de **reconocer cuando se necesita información** es necesario saber la forma en que se construye el discurso en una determinada área del conocimiento, y el bibliotecario u otro especialista difícilmente podría tener esta capacidad en todas las áreas del conocimiento (*Ibidem*).

Adquirir habilidades **para evaluar y utilizar efectivamente la información** requiere de una formación en una disciplina específica y, una vez más, el bibliotecario o cualquier otra persona no especializada en determinada área del conocimiento, no puede en sí mismo tener la habilidad y, por lo tanto, no puede coadyuvar a que otro la desarrolle (*Ibidem*).

La forma en que actualmente se plantea el discurso de alfabetización informativa o desarrollo de habilidades informativas no deja de ser un ideal ilusorio porque no se basa en una evaluación diagnóstica y en una propuesta realista que contemple aspectos integrales del conocimiento. Algunos propósitos de la alfabetización informativa interfieren con un espacio educativo que le corresponde a la pedagogía, ya que es en el aula donde se construye el conociemien-

to, se valora y se aplica, a través de procesos largos y complejos.

Ahora bien, desarrollar la habilidad para localizar la información, definitivamente es de competencia del bibliotecario, pues una de sus principales tareas debe ser la organización y recuperación de la información. Estas tareas no son poca cosa, por el contrario requieren de una gran responsabilidad y profesionalismo, sobre todo en un contexto en el que está revuelta la información formal con la información “mercancía” y la información “chatarra”.

Las tecnologías de la información son parte fundamental de esta propuesta, ya que las instituciones educativas requieren del uso de una amplia infraestructura tecnológica para el soporte de la información y, por lo tanto, tienen que destinar sustanciales recursos económicos para la compra de recursos electrónicos y frecuentemente son los editores y proveedores de información electrónica los que establecen las pautas de lo que una organización debe adquirir, bajo modelos de precios que ellos proponen. En este sentido el papel del bibliotecario es fundamental para evitar gastos innecesarios a las instituciones educativas, por lo que más que promover el uso intensivo de información digital, debe estar alerta para ajustar la inversión a las necesidades reales de la currícula educativa y de los usuarios, a fin de no caer en el juego de adquirir productos que no se necesitan ni de crear necesidades para poder introducir productos.

Perspectivas

Esta vorágine de información, junto con el desarrollo tecnológico tan acelerado, han puesto a la humanidad ante uno de sus mayores retos. Los currículos educativos se ven constantemente orillados a seleccionar y desechar contenidos, tratando de hacer un balance entre lo clásico y lo moderno, entre lo superficial y lo profundo. Por otra parte, la alta especialización de los profesionistas ha

Al mismo tiempo que empezó a darse el proceso de explosión de información en el mundo a partir del Renacimiento, se extendió por todas partes la necesidad de producir libros y difundir la lectura.

llevado a decir que el mundo está lleno de ignorantes ilustrados, que solamente saben de una parcela de una disciplina y desconocen su propia posición en el mundo y en la sociedad. Por lo tanto, la reflexión profunda se hace necesaria y expedita para los académicos y científicos de todas las áreas del conocimiento.

La cantidad de información disponible en todo el entorno pone a las personas en crisis, ante la toma de decisiones sobre qué elegir y qué desechar, ya que el tiempo de que dispone hoy es mucho menor que el que tenían nuestros antepasados, y acaso esta situación nos lleva a estar más desinformados y en desventaja en relación a personas como Menochio, que hace 500 años elaboró una concepción propia del origen del mundo, a

pesar de que “no sabía griego ni latín; había leído pocos libros de manera ocasional. De estos libros había masticado y exprimido cada palabra. Durante años los había rumiado; durante años palabras y frases se habían ido fermentando en su memoria” (Ginsburg, 1997, p. 93).

Actualmente, al bibliotecario se le pide la solución al grave problema surgido por el desorbitado crecimiento de la producción bibliográfica mundial. El bibliotecario se presenta como el profesional responsable de ordenar y canalizar la avalancha de información para los usuarios. Ante este reto, acaso el profesional de la información tiene que redefinir sus funciones y replantear sus responsabilidades. Insistimos, el planteamiento de alfabetización informativa, como

está expresado hoy día, si bien es legítimo, acaso es muy ambicioso. El bibliotecario tiene que reconocer sus posibilidades y alcances y dejar al educador la parte que le corresponde en este proceso.

Es recomendable que el bibliotecario retome la mística del siglo XIX, con aquel espíritu de servicio, y redefina sus debilidades y fortalezas, para lo cual requiere: seguir organizando y facilitando la recuperación de información, tomar distancia del negocio de la industria de la información, no hacerse cargo del problema que representa para los usuarios la gran cantidad de información y no renunciar a su aspiración de transformar a la gente a través de la lectura por medio de programas de promoción de las bibliotecas, tanto presenciales como digitales. ■

Bibliografía

- ALFARO LÓPEZ, H. *Fundamentos de la constitución y autonomía del campo bibliotecológico*. México: UNAM, 2000.
- ARCE, F. “En busca de una educación revolucionaria”, en Josefina Vázquez, *Ensayos sobre historia de la educación en México*. México: Colmex, 1985.
- CÁRDENAS CABELLO, C. “Sociedad del conocimiento y educación permanente: los desafíos de la educación superior pública en México”, en *Acta sociológica*, mayo-agosto, 2002, año 17, n.º 49, p. 266.
- CHARTIER, R. *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*, tr. Claudia Ferrari. Barcelona: Gedisa, 1992.
- GARCÍA COLORADO, C., LLORENS CRUSET, A. e IRIGOYEN CAMACHO, R. M. “Alfabetización Informativa: ¿proyecto o quimera?” (Documento interno DGB-UNAM), 2006, p. 1-24.
- GINSBURG, C. *El queso y los gusanos*. México: editorial Océano, 1997, p. 93.
- JACKMAN, L. *Information literacy: An issue of equity for new majority students*. Massachusetts: Lesley University, 1999. En <http://proquest.umi.com/> [Consultado el 29 de junio de 2006].
- JACKSON, S. “Information Literacy and Public Libraries: a Community-Based Approach”, en *Information for a new age: redefining the librarian*. Englewood, Colorado: Libraries unlimited, 1995.
- ORERA ORERA, L. *Manual de biblioteconomía*. Madrid: Síntesis, 1997.
- RAMÍREZ, E. “Lectura, Alfabetización en información y cultura de la información”, Documento preparado para la UNESCO, la U.S. Nacional Comisión on Libraries and Information Science y el National Forum on Information Literacy, para uso de la reunión de expertos en Alfabetización en Información, Praga, Checoslovaquia, julio 2002.
- SARTORI, G. *Homo Videns: la sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus, 1998.
- SEMINARIO DE HISTORIA DE LA EDUCACIÓN EN MÉXICO, *Historia de la lectura en México*. México: El Colegio de México, 1979, p. 96.
- WEBSTER, F. “The Information Society Revisited” en *Handbook of New Media*, editado por Leah Lievrouw & Sonia Livingstone, Sage Publications, 2002, p 22-33. [Consultado en <http://www.sagepub.com/> el 7 de mayo de 2006].

Ficha Técnica

AUTORAS: Díaz Escoto, Alma Silvia; García Colorado, Carmen; Irigoyen Camacho, Rosa M.^a; Llorens Cruset, Antonia; Ramírez Godoy, M.^a Esther.
FOTOGRAFÍA: Dirección General de Bibliotecas, Universidad Autónoma de México.
TÍTULO: *La explosión de la información. Retos y propuestas para el bibliotecario*.
RESUMEN: En este artículo se analizan las nociones de información y sociedad, de la información como mercancía y de las aspiraciones profesionales del bibliotecario para cumplir su papel como agente social. También se explica cómo dichos conceptos y sus repercusiones están teniendo impacto en determinadas decisiones institucionales.
MATERIAS: Sociedad de la Información / Nuevas Tecnologías / Alfabetización / Biblioteconomía / Bibliotecarios / Latinoamérica.